

»goma laca y trementina. Cuesta sólo treinta sueldos, »y es preferible. Las hebillas se hacen con vidrio vio- »lado que se pega, mediante esta cera, en una plan- »chita de hierro negro. El vidrio ha de ser violado »para las alhajas de hierro y negro para las de oro. »España compra en gran cantidad. Es el país del »azabache...»

No le fué posible seguir. La pluma se le cayó de los dedos; le acometió uno de esos sollozos desesperados que subían por instantes desde lo más hondo de su pecho. El desgraciado se cogió la cabeza entre las manos y se hundió en la meditación.

—¡Oh!—exclamaba en sus adentros (gritos lamentables oídos sólo de Dios).—Todo ha acabado para mí. No la veré más. Es una sonrisa que ha pasado sobre mí. Voy á sepultarme en la noche sin volverla á ver siquiera. ¡Oh! ¡Un minuto, un instante, oír su voz, tocar su ropa, mirarla, á ella, al ángel mío, y luego morir! La muerte no es nada; pero ¡morir sin verla! ¡Es horrible! Una sonrisa, una palabra suya. ¿Puede esto perjudicar á alguien? No; todo ha acabado para mí, todo. Solo para siempre. ¡Dios mío! ¡Dios mío! No la volveré á ver.

En aquel momento llamaron á la puerta.

IV

DONDE SE VERÁ QUE HAY BOTELLAS DE TINTA BUENAS
PARA QUITAR LAS MANCHAS

El mismo día, mejor dicho, la misma tarde, cuando Mario dejaba la mesa y entraba en su gabinete para examinar unos asuntos, le entregó Vasco una carta, diciéndole:—La persona que ha escrito espera en la antesala.

Cosette se había cogido del brazo del abuelo y daba una vuelta por el jardín.

Hay cartas que, lo mismo que ciertos hombres, tienen mala catadura. Papel basto, manera tosca de cerrarlas; con sólo ver algunas misivas, repugnan. La carta que había traído Vasco pertenecía á esta clase.

Mario la tomó y le dió olor á tabaco, despertando en él una serie de recuerdos. Miró el sobre: *Al señor barón Pommerci. En su casa.* Conocido el tabaco, fácil le fué conocer la letra. Pudiera decirse que del asombro se desprenden á veces relámpagos. Uno de estos relámpagos iluminó á Mario.

El olfato, misterioso auxiliar de la memoria, acababa de hacer revivir en él todo un mundo. Era el mismo papel, la propia manera de doblarlo, el color idéntico de la tinta, la conocida letra; sobre todo, no

cabía equivocación en el tabaco. Presentábase á sus ojos la buhardilla de Jondrette.

Así, ¡extraña casualidad! Una de las dos pistas que había buscado tanto, que últimamente le había hecho trabajar con tal ahinco, que creía perdida para siempre, se le aparecía cuando menos esperaba.

Abrió ansiosamente la carta y leyó lo que sigue:

«Señor barón:

»Si el Ser Supremo me hubiese dado talento, hubieraviera podido ser el barón Thenard, miembro del Instituto (academia de Ciencias); pero no lo soy. Me llamo solamente como él; feliz si este recuerdo me recomienda á la excelencia de vuestras vundades. »El veneficio con que me honrréis será recíproco. »Poseo un secreto que concierne á un individuo y »este individuo os concierne. El secreto está á vuestra disposición, deseando el honor de seros átil. Os proporcionaré un modo sencillo de arrojar de vuestra »dina familia á ese individuo, que no tiene derecho á »estar en ella, pues la señora baronesa pertenece á »una clase elevada. El santuario de la virtud no puede »coavitar más tiempo con el crimen sin mancharse.

»Espero en la antesala las órdenes del señor barón.

»Soy con el mayor respecto.»

La firma de la carta era «THENARD».

Firma verdadera, aunque abreviada.

Por lo demás, el estilo y la ortografía completaban la revelación.

El certificado de origen no podía estar más evidente. No era posible dudar.

La emoción de Mario fué profunda. Después del movimiento de sorpresa, experimentó un movimiento de felicidad. Si lograba encontrar ahora al otro á quien buscaba, á su salvador, era cuanto podía apetecer.

Abrió un cajón de su papelera, cogió algunos billetes de Banco, los guardó en el bolsillo, volvió á cerrar y tiró de la campanilla. Vasco asomó la cabeza.

—Haced que pase,—dijo Mario.

Vasco anunció:

—El señor Thenard.

Entró un hombre y la sorpresa de Mario fué grande, pues le era totalmente desconocido.

El personaje introducido por Vasco, de edad avanzada, tenía abultada la nariz, la barba sumida en la corbata, anteojos verdes y dobles, el pelo traído sobre la frente hasta el nacimiento de las cejas, como la peluca de los cocheros ingleses de la gente de gran tono. El pelo era cano. Estaba vestido de negro de piés á cabeza; ropa bastante gastada, pero limpia; del bolsillo le salían unas cuantas baratijas, con pretensiones de sello de reloj. Llevaba en la mano un sombrero viejo. Iba algo encorvado, y la curvatura de su espalda se aumentaba con lo profundo del saludo.

Lo que á primera vista sorprendía era que la levita de este personaje, demasiado ancha, aunque cuidadosamente abotonada, no parecía hecha para él.

Permítasenos una breve digresión.

Vivía en París, por aquella época, en la calle de Beautreillis, cerca del Arsenal, un ingenioso judío, cuya profesión era convertir á un pícaro en hombre honrado, durante un día ó dos, á razón de treinta sueldos diarios, proporcionándole un vestido que se pareciese lo más posible al que usan los hombres honrados. Este alquilador de ropas se llamaba *el cambista*, nombre que le habían dado los rateros parisienses, no conociéndole por otro.

Tenía un vestuario completo, adecuado á las diferentes clases de personas. De cada clavo de su almacén pendía, gastada y ajada, una condición social; aquí el vestido de magistrado; allí el de cura; allá el

de banquero; en un rincón el uniforme de militar retirado; en otro el traje de literato; más lejos el de hombre de Estado. El cambista era el guardarropa del inmenso drama que los pícaros representan en París. Su casa era la decoración de donde salía el robo y por donde entraba la estafa. Un bribón iba cubierto de harapos, dejaba treinta sueldos y elegía, según el papel que se había propuesto ejecutar, el traje á propósito. Cuando el tunante bajaba la escalera, ya tenía visos de persona decente. Al siguiente día devolvía la ropa, y el cambista, que confiaba todo á los ladrones, no era robado jamás.

Estos trajes tenían un inconveniente, á saber: que no estando hechos para los que los llevaban, venían á uno anchos, á otro estrechos, á ninguno bien. Todo tunante que excedía de la estatura media, ó que era demasiado gordo ó demasiado flaco, estaba mal con las ropas del cambista, quien sólo se había propuesto complacer á los hombres ordinarios. Midió la especie por el patrón del primer pícaro que le vino á mano, el cual no era ni grueso ni delgado, ni grande ni pequeño. De ahí las dificultades de adaptar los trajes á los parroquianos. ¡Tanto peor para las excepciones! El de hombre de Estado, por ejemplo, negro de arriba abajo, hubiera sido demasiado ancho para Pitt y demasiado estrecho para Castalcicala. El traje de hombre de Estado se hallaba designado del modo siguiente en el catálogo del cambista; es copia: «Levita de »paño negro, pantalones negros de lanilla, chaleco de »seda, botas y ropa blanca.»

Al margen decía: *antiguo embajador*, y había una nota que copiamos igualmente: «En una caja por se- »parado, una peluca bien rizada, anteojos verdes, se- »llos de reloj y dos cañones de pluma de una pulgada »de largos, envueltos en algodón.» Todo esto pertenecía al hombre de Estado, antiguo embajador. Ha-

llábase el traje, si es permitida la expresión, extenuado; las costuras blanqueaban; por uno de los codos quería asomar ya el forro; además de que faltaba á la levita uno de los botones del pecho, lo cual era poco importante, pues la mano del hombre de Estado, colocada de ordinario sobre el corazón, se encargaba de disimular aquella falta.

Si Mario hubiera conocido las instituciones ocultas de París, no le habría costado trabajo descubrir en el extraño personaje que Vasco acababa de anunciar, el traje de hombre de Estado del almacén del cambista.

El disgusto experimentado por Mario, viendo entrar á un hombre distinto del que esperaba, recayó sobre el recién venido. Le examinó de piés á cabeza, durante su saludo, y le preguntó secamente:

—¿Qué se os ofrece?

El personaje contestó, sonriéndose como pudiera haberlo hecho un cocodrilo capaz de sonreirse:

—Me parece imposible que no haya tenido antes de ahora el honor de ver al señor barón. Figúraseme haberle encontrado, hace algunos años, en casa de la señora princesa Bagration y en los salones de su señoría el vizconde Dombay, par de Francia.

Es una buena táctica en los pícaros aparentar que se conoce á las personas desconocidas.

Mario escuchaba con atención á aquel hombre, espionando el acento y el gesto; pero nada le decía su pronunciación gangosa, en todo diferente del sonido de voz agrio y seco que imaginó iba á oír. Estaba desorientado.

—No conozco,—dijo,—á la señora princesa Bagration ni al señor vizconde Dombay. En mi vida he puesto los piés en sus casas.

La respuesta era contundente; sin embargo, nuestro hombre, sonriéndose de nuevo, añadió:

—Entonces fué en casa de Chateaubriand. ¡Ah!

Sí; conozco mucho á Chateaubriand. Es muy afable. En una ocasión me dijo:—Pero, Thenard, amigo mío, ¿no me acompañáis á beber una copa?

La frente de Mario se iba poniendo cada vez más severa.

—Jamás he tenido el honor de visitar al señor de Chateaubriand. En fin, ¿qué queréis?

El personaje, notando que el tono era más duro, saludó más profundamente.

—Señor barón, dignaos oirme. Hay en América, en un país que confina con Panamá, una aldea llamada Joya. Compónese de una sola casa de tres pisos, construída de ladrillos cocidos al sol; cada costado tiene de largo quinientos piés y cada piso se retira del inferior doce, á fin de dejar ante sí una azotea que da vuelta al edificio. En el centro hay un patio donde están los viveres y las municiones. En lugar de ventanas, troneras; nada de puerta principal; se sirven de escala para subir del suelo á la primera azotea, y de ésta á la segunda y á la tercera; lo mismo para bajar al patio interior; las puertas de los cuartos son trampas. Por la noche se cierran estas trampas, se quitan las escalas, las bocas de las carabinas asoman por las troneras y la entrada es imposible. De día, casa; de noche, ciudadela. Ochocientos habitantes; tal es la aldea de Joya. ¿Por qué tantas precauciones? Porque el país es peligroso, á causa de los antropófagos de que está lleno. Entonces, ¿por qué van allí? Porque es un país maravilloso; porque se encuentra oro en él.

—¿Qué intención es la vuestra?—preguntó Mario, á quien la contrariedad había vuelto impaciente.

—Oid, señor barón. Soy un antiguo diplomático fatigado. Estoy harto de civilización y quiero probar á vivir entre salvajes.

—¿Qué más?

—Señor barón, el egoísmo es la ley del mundo.

La labradora que trabaja en un campo que le pertenece no se muda. El perro del pobre ladra tras el rico y el perro del rico tras el pobre. Cada uno para sí. El blanco de los hombres es el interés, y el imán es el oro.

—¿Qué más? Conclud.

—Quisiera ir á establecerme en Joya. Somos tres; tengo esposa é hija, una hija muy linda. El viaje es largo y caro, y necesito algún dinero.

—¿Y qué me importa eso?—preguntó Mario.

El desconocido sacó el pescuezo fuera de la corbata, ademán propio del buitre, y replicó sonriéndose otra vez:

—¿No ha leído el señor barón mi carta?

Había algo de verdad en esto, porque el hecho era que Mario, fijándose tan sólo en la letra, apenas había atendido á lo que decía la carta. No recordaba nada. Hacía un minuto que las palabras «esposa é hija» habían vuelto á anudar el hilo de sus conjeturas y tenía clavada en aquel individuo una mirada penetrante, como la del juez sobre el presunto reo. Limitóse á responder:

—Sed más explícito.

El desconocido metió las manos en los bolsillos del pantalón, irguió la cabeza sin enderezar la espina dorsal y examinó á su vez á Mario por entre el cristal verde de sus anteojos.

—Está bien, señor barón. Voy á ser más explícito. Tengo un secreto que venderos.

—¡Un secreto!

—Un secreto.

—¿Que me concierne á mí?

—Algo.

—¿Qué secreto es ese?

Mario no cesaba de sondear á su interlocutor mientras le oía.

—Empiezo gratis,—dijo el desconocido.—Vais á convencerlos de que soy un hombre interesante.

—Hablad.

—Señor barón, tenéis en vuestra casa á un ladrón que es al mismo tiempo asesino.

Mario se estremeció.

—¿En mi casa? No.

El desconocido, imperturbable, pasó el codo por su sombrero y continuó:

—Asesino y ladrón. Cuenta, señor barón, que no hablo de hechos antiguos, anulados por la prescripción ante la ley y por el arrepentimiento ante Dios. Hablo de hechos recientes, de hechos actuales, de hechos ignorados aún de la justicia. Continúo. Ese sujeto se ha introducido en vuestra confianza, y casi en vuestra familia, con un nombre falso. Voy á deciros el nombre verdadero. Os lo voy á decir de balde.

—Escucho.

—Se llama Juan Valjean.

—Lo sé.

—Voy á deciros, también de balde, quién es.

—Decidlo.

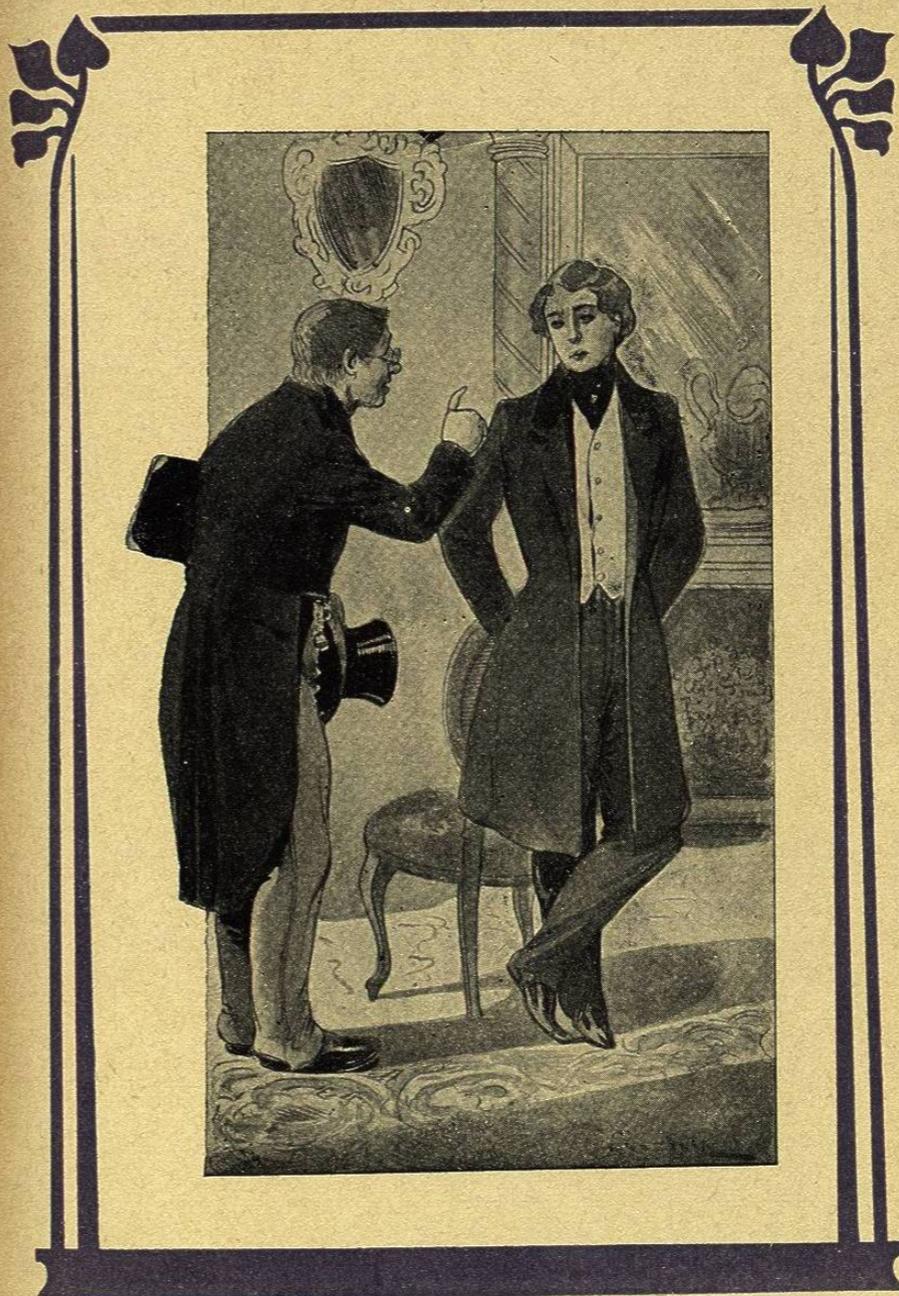
—Un antiguo presidiario.

—Lo sé.

—Lo sabéis desde que he tenido el honor de deciroslo.

—No. Lo sabia antes.

El tono frío de Mario, aquella réplica por dos veces, *lo sé*, su laconismo que repugnaba el diálogo, despertaron en el desconocido una cólera sorda. Asesinó á Mario, á hurtadillas, una mirada furiosa, que sólo duró un instante; pero, rápida y todo, era de esa clase de miradas que se conocen, habiéndolas visto una vez, y no se le escapó al joven. Ciertos resplandores no pueden emanar sino de ciertas almas. La pupila, ventana del pensamiento, los refleja y de nada



—Señor barón, tenéis en vuestra casa á un ladrón, que es al mismo tiempo un asesino.